

Editorial

Cierro los ojos y trato de descansar, no lo logro. Sin que pueda evitarlo desfilan detrás de mis párpados, nuevamente, el inventario de tareas que se desprende de armar la revista que tiene en sus manos. El trabajo de levantar y concretar una edición se transforma en una marea constante que deja caer sus olas a cada momento, con alta o con baja intensidad, pero siempre en un ciclo incesante. Cada trabajo, cada párrafo, la posición de una fotografía, la recomendación de un colaborador, la sugerencia del diseñador, la incertidumbre del financiamiento, una sintaxis ambigua, una figura imprecisa o, tal vez, una coma fuera de lugar reclaman una atención muy particular, fuera de lo común, una aplicación esmerada a detalles que en cualquier otra circunstancia no tendrían importancia. Con razón uno de mis excelentes co-editores dice que "cada revista que publicamos es un hijo más que traemos al mundo...!"

Pero ¿a qué todo esto? ¿Cuál es valor que nos deja este faenar a los que estamos sumidos en él?

Cavilo una y otra vez en el interior del insomnio, me obligo a escribir, borrar y volver a redactar para poner en claro un grupo de ideas, o para intentar ser lo más fiel posible a la colaboración enviada. En este trasnochar que recorre lentamente el silencio de la madrugada sólo roto por el teclear en la computadora, se esclarece el sentido. Lo que con avidez hacemos tiene una finalidad: ejercer el compromiso asumido con honestidad y pulcritud, no sin errores, evidentemente, pero sí con la absoluta certeza de que entregamos para ello el mejor de nuestros esfuerzos. He ahí la razón, no cultivamos pretensiones

de ningún tipo, sólo ponemos en marcha nuestras convicciones.

Las convicciones deben convocar virtudes. En un mundo caótico pleno de confusiones y de enormes ruidos morales sólo existe un antídoto, la clave viene dada en el ejercicio de la excelencia. Para Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*, las virtudes son excelencias (*aretai*) que ayudan al hombre a buscar su bien y su fin: la felicidad. Estamos aún muy lejos de la excelencia pero siempre ha sido y será nuestra búsqueda. Mantenemos este principio como un compromiso inamovible aunque, en ocasiones, ejecutarlo signifique ir a contrapelo de los tiempos presentes. Algo nos satisface dentro de esta complejidad abrumadora en que nos toca existir: retomar paciente pero constantemente el proceso de crecer según entendemos a la vida, es decir, tratar de hacer de las virtudes un hábito. Todo tiene un costo, muchas veces sacrificamos, entre otras cosas, las horas de ocio o de sueño. Es un precio bajo que pagamos con gusto.

Abrimos más las posibilidades. En esta entrega de **Cuadernos GEM** se inaugura una nueva sección: *Cuadernos Literarios*, la cual permite contemplar otra faceta creativa de los miembros de la comunidad que hace vida en los tecnológicos y en la universidad en general. La lectura nos hará escuchar ahora el eco de voces que trascienden su oficio de aula y pizarra para adentrarse en otro registro escritural, poesía y narrativa rasgan surcos en estas páginas para dejar testimonio de que, en el terreno de las virtudes y la excelencia, tenemos no pocos representantes.

José J. Quintero Delgado
Editor